

AD AETERNAM

Javier Bao Castelo



Para Claudia

Para Loli

AD AETERNAM

Javier Bao Castelo



Ediciones Albores

AD AETERNAM

1ª Edición: Sevilla a 15 de Febrero de 2023

©Copyright de la obra: Javier Bao Castelo

©Copyright de la edición: Ediciones Albores

Email: info@edicionesalbores.com

ISBN: 978-84-19385-77-2

Web editorial: www.edicionesalbores.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada.

La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

ÍNDICE

<i>Capítulo 1</i>	<i>Pág. 9</i>
<i>Capítulo 2</i>	<i>Pág. 17</i>
<i>Capítulo 3</i>	<i>Pág. 27</i>
<i>Capítulo 4</i>	<i>Pág. 34</i>
<i>Capítulo 5</i>	<i>Pág. 41</i>
<i>Capítulo 6</i>	<i>Pág. 51</i>
<i>Capítulo 7</i>	<i>Pág. 63</i>
<i>Capítulo 8</i>	<i>Pág. 69</i>
<i>Capítulo 9</i>	<i>Pág. 77</i>
<i>Capítulo 10</i>	<i>Pág. 85</i>
<i>Capítulo 11</i>	<i>Pág. 93</i>
<i>Capítulo 12</i>	<i>Pág. 96</i>
<i>Capítulo 13</i>	<i>Pág. 107</i>
<i>Capítulo 14</i>	<i>Pág. 120</i>
<i>Capítulo 15</i>	<i>Pág. 123</i>
<i>Capítulo 16</i>	<i>Pág. 129</i>
<i>Capítulo 17</i>	<i>Pág. 153</i>
<i>Capítulo 18</i>	<i>Pág. 157</i>
<i>Capítulo 19</i>	<i>Pág. 163</i>
<i>Capítulo 20</i>	<i>Pág. 172</i>
<i>Capítulo 21</i>	<i>Pág. 178</i>
<i>Capítulo 22</i>	<i>Pág. 181</i>
<i>Capítulo 23</i>	<i>Pág. 190</i>
<i>Capítulo 24</i>	<i>Pág. 195</i>
<i>Capítulo 25</i>	<i>Pág. 202</i>
<i>Capítulo 26</i>	<i>Pág. 204</i>
<i>Capítulo 27</i>	<i>Pág. 221</i>
<i>Capítulo 28</i>	<i>Pág. 225</i>
<i>Capítulo 29</i>	<i>Pág. 227</i>

<i>Capítulo 30</i>	<i>Pág. 230</i>
<i>Capítulo 31</i>	<i>Pág. 237</i>
<i>Capítulo 32</i>	<i>Pág. 243</i>
<i>Capítulo 33</i>	<i>Pág. 249</i>
<i>Capítulo 34</i>	<i>Pág. 255</i>
<i>Capítulo 35</i>	<i>Pág. 261</i>
<i>Capítulo 36</i>	<i>Pág. 274</i>
<i>Capítulo 37</i>	<i>Pág. 277</i>
<i>Capítulo 38</i>	<i>Pág. 283</i>
<i>Capítulo 39</i>	<i>Pág. 293</i>
<i>Capítulo 40</i>	<i>Pág. 302</i>
<i>Capítulo 41</i>	<i>Pág. 315</i>
<i>Capítulo 42</i>	<i>Pág. 323</i>
<i>Capítulo 43</i>	<i>Pág. 331</i>
<i>Capítulo 44</i>	<i>Pág. 337</i>
<i>Capítulo 45</i>	<i>Pág. 340</i>
<i>Capítulo 46</i>	<i>Pág. 351</i>
<i>Capítulo 47</i>	<i>Pág. 355</i>
<i>Capítulo 48</i>	<i>Pág. 367</i>
<i>Capítulo 49</i>	<i>Pág. 371</i>
<i>Capítulo 50</i>	<i>Pág. 374</i>
<i>Capítulo 51</i>	<i>Pág. 377</i>
<i>Capítulo 52</i>	<i>Pág. 381</i>
<i>Capítulo 53</i>	<i>Pág. 386</i>
<i>Capítulo 54</i>	<i>Pág. 390</i>
<i>Capítulo 55</i>	<i>Pág. 399</i>
<i>Capítulo 56</i>	<i>Pág. 407</i>
<i>Capítulo 57</i>	<i>Pág. 412</i>
<i>Capítulo 58</i>	<i>Pág. 422</i>
<i>Capítulo 59</i>	<i>Pág. 426</i>
<i>Capítulo 60</i>	<i>Pág. 434</i>

<i>Capítulo 61</i>	<i>Pág. 436</i>
<i>Capítulo 62</i>	<i>Pág. 448</i>
<i>Capítulo 63</i>	<i>Pág. 452</i>
 <i>AGRADECIMIENTOS</i>	 <i>Pág. 456</i>

Capítulo 1

-Vuestra Gracia debería plantearse lo que se le está proponiendo.

-¿Acaso os atrevéis a darme órdenes? ¿Debo de recordarle a vuesa merced que estáis hablando con vuestro Rey?

-Nada más lejos de la intención de este vuestro leal siervo, el ofender a Vuestra Gracia. -El engañoso tono de respeto utilizado, así como el desdén que se adivinaba en la artificiosa pose adoptada, resultaban en si una auténtica ofensa-. Pero el Pueblo os considerará más, sin duda, si os avenís a esta, nuestra humilde y respetuosa proposición.

El Rey se quedó un momento callado, intentando contener la furia que estaba a punto de hacerle estallar. Si por él fuera, su interlocutor sería entregado al hacha del verdugo en ese mismo instante.

-Sea pues, maese Fivaller, dejadme sopesar vuestra propuesta y os recibiré de nuevo en el plazo máximo de una semana. Con un indolente gesto de su mano derecha le despidió.

Joan Fivaller, el arrogante “conceller” de la cuasi-todopoderosa oligarquía catalana, compuso una muy poco respetuosa reverencia sin apartar la mirada de la de su soberano, casi retándole, y tras darse la vuelta salió del gran salón.

El Rey apoyó su cansada espalda en el trono y deseó olvidar por un momento los innumerables problemas que le asaltaban la mente. A pesar de ser todavía muy joven (acababa de cumplir los 34 años), la corona le pesaba enormemente, y más que en la cabeza, le pesaba en el corazón.

Sabía que su posición le otorgaba muchos privilegios, así como un gran poder, un poder presuntamente absoluto sobre todos sus súbditos y sobre todo lo material que existía en el Reino, pero ¿a costa de qué? ¿De intrigas sin fin?, ¿de falsas e interesadas lisonjas?, ¿de desprecios y ofensas a sus espaldas?, ¿de intentos de menoscabo tanto en cuanto a su condición de soberano como, hurtando o sisando, por la amplia burocracia de heraldos y nobles del Reino, los dineros a aportar a la Corona para la más que necesaria administración y financiación; tanto de las obras o actividades dentro del Reino, como las Campañas fuera del mismo?

Maese Fivaller, sin ir más lejos, intentaba disimular sus verdaderas intenciones, pero éstas eran más que evidentes. Aspiraba a restarle todavía más poder. Ya le habían obligado a firmar algunos vergonzosos acuerdos ante las Cortes de Barcelona, pero a pesar de ello parecía que aún no estaban satisfechos. Ahora se atrevían a reclamarle a él, que era el Rey, el pago de los Impuestos Generales, como si se tratara de un vulgar herrero. ¿Cabía mayor afrenta? Desde luego que no, y en verdad muchos menosprecios resultan bastante más dolorosos que las palabras.

Tampoco la situación del Reino era, ni mucho menos, la deseada. Tenía pendiente la más que necesaria pacificación de Cerdeña, en ese Mediterráneo siempre tan relacionado con la Corona de Aragón, y hacia el que reiteradamente se había proyectado la política y las campañas militares de sus antecesores en el Trono. Así mismo, y en idéntico sentido, estaban fraguándose los acuerdos con el Sultán de Egipto y el Rey de Fez. Y así infinidad de cuestiones.

Muchas veces se preguntaba como los siglos que habrían de venir le iban a recordar. ¿Cómo un Rey bueno y sabio? ¿Tal vez como un soberano fuerte e inclemente? ¿Se podrían combinar, acaso, ambas consideraciones? ¿Un gobernante bueno y

sabio, pero a la vez rudo en el combate y decidido tanto en la defensa de las fronteras, como en la expansión de las mismas?

Quizá, sólo quizá.

Y también muchas veces se cuestionaba ¿qué lugar le guardaría la historia universal? ¿Cómo podría él, un rey de una alejada tierra del Fin del Mundo, trascender en el tiempo como habían hecho los inmortales Alejandro el Magno, el Gran César Julio o el poderoso Emperador Carolus Magnus?

Sin embargo, y a pesar de tratar temas y cuestiones tan extremadamente importantes y delicados como los descritos, presentía que esa noche iba a enfrentarse a algo extraordinario, algo que superaba cualquier disquisición o problema por él tratado hasta la fecha, como la luz del sol a la oscuridad de la caverna más profunda. Nada, absolutamente nada, podría compararse a lo que estaba a punto de acontecer.

Pero, para eso, tenía que llegar la persona por la que estaba aguardando.

Su relación con esta persona tenía su comienzo varios años atrás, cuando su visitante se presentó ante él, que por aquel entonces no era sino uno de los varios Infantes que aspiraban al trono de Aragón, y con un sutil; aunque firme e irreductible tesón, le convenció para acometer la campaña por la cual se ganó el sobrenombre con el que pasaría a la posteridad.

Ese hombre le persuadió para tomar una pequeña localidad situada muy al sur, en Tierra de Moros, a pie de aquella serrañía tan extraña, casi se podía decir sierra encantada, sierra plagada de inquietantes piedras de extravagantes formas diríase que forjadas por caprichosos dioses o, quizá, demonios, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos, sierra azotada por la brisa del cercano mar que se encontraba todavía más al sur, sierra que respondía al nombre de Torcal.

El nombre de la ciudad también resultaba extraño y exótico, Antikaria. “La Ciudad de los Antiguos”.

Así, después de reunir a sus huestes, en una inesperadamente brillante cruzada, y venciendo contra todo pronóstico, la liberó de moriscos como le había sido encomendado. Y el resto, ya lo relatan los libros de historia.

Cuando, tras el fallecimiento de Martín I “El Humano”, Rey de Aragón, los compromisarios se reunieron en la zaragozana villa de Caspe para elegir a su sucesor, aquel enigmático hombre que había acudido a él fue determinante para que ahora la corona del Reino se encontrara en su cabeza, apoyado en tal empresa en el mismísimo Papa Benedicto XIII, el repudiado “Papa Luna”, y que parecía estar también al tanto de sus servicios.

Por eso, cuando le llegó la escueta carta escrita de puño y letra por su invitado, donde le anunciaba su pronta llegada, no pudo sino sentir como en su corazón nacían sentimientos contrapuestos. Sin duda una gran alegría, por volver a ver a tan extraordinario ser humano, al que admiraba y apreciaba al más alto nivel. Pero también un profundo desasosiego, ante la duda que le planteaba la empresa que se traía entre manos su visitante. Y la zozobra no había sino aumentado en los días posteriores.

Pero por fin llegaba el momento.

En aquella carta se le advertía que iba a conocer “las razones de Todo” y “el destino de la “Nueva Jerusalén”.

-¿Las razones de “Todo”? ¿“Nueva Jerusalén”? - Durante la espera había dado muchas vueltas en su cabeza a esas lapidarias y enigmáticas frases. Pero si ambas resultaban inexplicables, resultaban prácticamente nada, comparadas con la forma en la que se despedía.

“...así mismo le será mostrada a Vuestra Gracia, la mayor maravilla de toda la Cristiandad”.

Francamente, tanto misterio era algo que le tenía muy, muy preocupado. Nunca se consideró un fervoroso creyente, pero la persona a quién esperaba era alguien que merecía tenerse en muy alta consideración. Se arrellanó un poco más en el trono y cerró los ojos intentando tranquilizarse, se quedó casi dormido, en una especie de duermevela seminconsciente, un estado en el que cada vez caía con más frecuencia; el calor que desprendía la enorme chimenea y el dulzón olor de la cera que se quemaba en las lámparas le ayudó a ello. Soñó extraños sueños.

Despertó sobresaltado cuando oyó como se acercaban, por los corredores cercanos al salón de recepciones, unos pasos calzados con recias botas que resonaban en los altos techos del castillo, la paja distribuida en los pasillos, apenas los disimulaban. Sabía perfectamente que el hombre que le venía a visitar no podía ser quien hacía tal ruido, puesto que este habitualmente calzaba unas sencillas sandalias, pero sin duda era la guardia de soldados que le habrían recibido en la puerta de Palacio y que le escoltaban hasta él. Con un rechinar de sus goznes, la gran puerta se abrió y a la habitación accedieron siete personas. Una de ellas, el capitán de la guardia, anunció a quien aguardaba el Rey.

-Fray Vicente Ferrer, Sire.

Al ilustre monje le acompañaba un joven fraile que portaba un extraño y, por lo que parecía, pesado bulto.

Con una seña, el Rey hizo que la guardia se quedara en la puerta, junto a los otros dos soldados que guardaban la estancia, mientras que los dos religiosos cruzaban el gran salón hasta donde se encontraba el trono.

Aprovechó para escrutar a quien avanzaba con dificultades hacia él. Lo notó como le recordaba, un religioso ya casi anciano, superada la sesentena y vestido con un gastado hábito. Aún resultaba bien parecido -de ahí que las malas lenguas comentaban que en su juventud había desatado impuras pasiones en más de una dama, sentimientos, evidentemente, siempre rechazados por el Dominico (en esa Comunidad había sido ordenado). - Lo que mantenía también intacta era esa impresionante aura que parecía hacerle refulgir en todo el salón, y que le otorgaba un magnetismo inexplicable, un porte y una sugestión que el Rey siempre identificaba con la santidad.

Al llegar a su frente, los dos religiosos se detuvieron encima de una lujosa alfombra capturada en una alcazaba del Sur, y que hacía juego con los no menos lujosos tapices y estandartes que colgaban de las paredes del salón de recepciones. Quedaron muy quietos y la penetrante mirada de fray Vicente se clavó en la suya, traspasándole como si quisiera escudriñarle el alma, mientras una franca sonrisa afloraba en su rostro. Entretanto su acompañante depositó el bulto en el suelo y se arrodilló delante del Rey, fray Vicente por el contrario inclinó ligeramente la cabeza en signo de respeto.

-Mucho tiempo ha pasado desde nuestro último encuentro.

-Es verdad Sire, y el volver a Barcelona me devuelve 30 años de vida. -La voz de fray Vicente Ferrer resultaba tremendamente poderosa, y no casaba con la enjuta apariencia física de su dueño.

-Efectivamente, aún se recuerda en esta ciudad al joven diácono que profetizó la llegada de los barcos con alimentos en tiempo de hambruna.

El santo varón se encogió un poco en su hábito, en un gesto de sincera modestia, y una nueva sonrisa iluminó su cara.

-El Señor utiliza a sus siervos con sabiduría –se quedó momentáneamente pensativo-. Sus siervos somos humildes instrumentos de su Divina Voluntad.

Tras esta aseveración, ambos guardaron un par de segundos de silencio.

-Vuestra carta me llegó hace varios días y os he aguantado con impaciencia.

El anciano sonrió.

-La paciencia es una gran virtud, mi Señor. –El pequeño reproche fue expresado con tanto respeto que el Rey no pudo sentirse ofendido, como sucediera con las zalameras y ladinas palabras de los oligarcas, un par de horas atrás.

-De nuevo palabras sabias surgen de vuestra boca.

-Mi boca únicamente transmite lo que Dios estima oportuno.

-Ojalá Él me diera vuestra clarividencia.

-Dios también está dentro de vuestra Gracia, únicamente debéis buscarlo y sin duda lo encontraréis, o bien Él os encontrará a vos.

El Rey se quedó un momento pensativo.

-Es ese fardo la “mayor maravilla de la Cristiandad”.

Fray Vicente se hizo a un lado y contempló el embalaje.

-Sin duda alguna, una de ellas, Sire. –Con un ligero gesto de su mano derecha, le indicó al monje que empezara el desembalaje.

El Rey contuvo el aliento durante la operación, expectante mientras las sucesivas capas de tela eran retiradas, con extremo cuidado y delicadeza, por el ayudante de fray Vicente.

-Ved mi Señor –empezó a decir el venerable anciano -el objeto que os entrego por designio de Nuestro Señor, objeto del cual pasáis a ser custodio y guardián directo desde ahora mismo, y que deberéis hacer llegar, a su debido momento, a la “Nueva Jerusalén”.

El Rey Fernando I de Aragón, hijo de Juan I de Castilla, y que pasó a la historia como “el de Antequera”, abrió todo lo que pudo sus ojos y, aunque en un principio dudó, al momento acabó comprendiendo lo que se le estaba mostrando. Al acto, se sintió mareado y al borde del desmayo, como con una sensación de estar cayendo en un profundo foso, de lo inmensurable, la sensación de esa eternidad por la que tanto se había preguntado.

Después de los veinte segundos que tardó en soltar la última “f”, intentó arrebujarse un poco en el edredón, de nombre impronunciable y perteneciente a cierta celeberrima empresa sueca de mobiliario y elementos varios para la casa.

Pero no podía, el mal ya estaba hecho, y era consciente que el cerrar de nuevo los ojos podía desembocar en dormirse de nuevo. Así que en un supremo acto de fuerza de voluntad y resbalándose por, más que levantándose de, la cama con síntomas de sueño crónico “prontomañanero”, se incorporó del lecho palpando con los pies el suelo de la habitación en busca de las pantuflas que, sabía, se encontraban en un pequeño radio alrededor suyo. Tras encontrarlas, y aún con los ojos cerrados, la luz apagada y los brazos cuan largos eran descansando inertes a cada lado de su cuerpo, se dirigió como una zombi hacia el cuarto de baño, arrastrando los pies, a asearse para ir a la oficina.

Tomó la vivificante y “resucitante” ducha de cada mañana y después de secarse, se paró delante del espejo, de nombre tan rimbombante como el edredón, por pertenecer a misma conocida marca escandinava, a peinarse y maquillarse un poquitín.

-“¿Qué es esto? Una arruguita o una sombra - ¿Huuuum?”

Definitivamente una sombra, aunque... parece que tiene fondo... ¡mierda! - Sea lo que sea, ayer no estaba ahí” –conversó Sarah consigo misma.

-¡¡¡Agggg!!! ¿y esto? - Rauda agarró la tijera de cortarse las uñas, y con pericia quirúrgica y milimétrica, amputó sin consideración alguna por su raíz, la cana que campaba arrogante en el inmenso campo de mieses rubias que era su pelo.

Luego se posicionó de perfil delante del espejo, se palpó la inexistente tripa, y con un gesto de desidia hinchó todo lo que pudo su abdomen. A pesar del esfuerzo, y mantener la respiración, los 61 Kgs. que pesaba, para su casi 1,70 mts. de estatura, no daban para más. Tuvo que reconocer que, aunque el verano quedaba muuuuuuuuy lejos, lo que veía le permitiría acudir a la playa sin excesivos complejos.

Tras otro exhaustivo repaso, un par de significativos minutos más largo de lo habitual, volvió a su habitación, extendió desinteresadamente la sábana y el edredón en la cama y se vistió, blusa, pantalón, rebeca y grueso abrigo, cogió las llaves del coche, se bebió un agrio zumo de naranja, salió a la calle y subió a su VW Beetle color azul antracita para ir al trabajo.

Antes de encender el coche, y mientras se ponía el cinturón de seguridad, miró el espejo retrovisor del lado izquierdo para ver si venía algún otro coche. Al hacerlo pudo comprobar, de reojo, como una extraña figura la contemplaba desde la acera del otro lado.

Extrañada se fijó en aquella especie de efigie que la observaba inmóvil.

Era un hombre mayor con muy poco pelo, pero larga barba, y de aspecto desastrado, podría decirse que harapiento, que vestía un andrajoso abrigo que le llegaba hasta las rodillas.

Sarah, aunque no se asustó (el personaje permanecía totalmente quieto y ella estaba dentro del coche), sí que se notó intranquila por la facha de aquel hombre y sobre todo por los ojos del desconocido, unos ojos que en la distancia le parecieron muy claros, probablemente azules y que tenía fijamente clavados en ella.

¿Por qué no le había visto cuando salió de casa? ¿Estaría escondido en algún portal cercano? Pero ¿para qué? Meneando

la cabeza alejó este pensamiento de su mente y aunque con gesto todavía inquieto, encendió el coche y partió hacia la oficina, dejando al anciano en la misma posición y sitio.

Los escasos 15 minutos que consumió en llegar a su trabajo, le permitieron calmar las palpitaciones de su corazón tras el turbador encuentro con el extraño anciano, y convencerse a sí misma de que aquel sujeto, probablemente, fuera un mendigo que o bien estaba buscando algún lugar para dormir, o por el contrario comenzaba otro duro día para intentar subsistir. Al minuto 9º se tranquilizó casi definitivamente y empezó a pensar en el trabajo que le esperaba, y además en el día que era hoy.

Maldijo para sí.

Llegó a la zona donde trabajaba, y con ello la rutina diaria de encontrar sitio para aparcar, tarea harto complicada pues era una zona muy poblada de la ciudad, donde la O.R.A. o la Zona Verde acaparaban prácticamente todo el sitio de estacionamiento disponible.

Al llegar a la altura de la plaza del Libro, tuvo la suerte de que un Audi A3 Rojo dejaba libre un precioso hueco, que se apresuró a exigir como suyo con el intermitente derecho.

Aparcó, aunque sin echarle dinero a la O.R.A. No tenía suelto, ya le pondría algo más tarde, al cambiar un billete cuando saliera a desayunar. Mentalmente se grabó el salir a tomar el café hacia las 09:30, la O.R.A. empezaba a las 10:00 y, además, desayunando temprano podría aprovechar mucho mejor la jornada de trabajo.

Se encaminó a la oficina donde trabajaba, como interventora, en una entidad financiera.

Entró saludando con un distraído “Buenos Días” a las dos personas que se encontraban en la entrada, con cara de dormidos y probablemente por la edad, bastante elevada, para controlar el pago de la pensión o abonar algún recibo antes de que el trajín de clientela les hiciera esperar demasiado.

Traspasó otra puerta y llegó a lo que propiamente era la oficina, tras fichar la entrada (07:59, juy, por poco!) se dirigió hacia su sitio, que estaba al fondo, al lado del despacho del Director, junto al servidor de informática, saludando y dando los buenos días a cada uno de sus compañeros.

Una vez sentada en su mesa de trabajo lo primero que hizo fue, como cada mañana, encender el ordenador y coger el sello con la fecha de entrada dispuesta a actualizar el día. Suspiró por lo bajo y lentamente, como esperando congelar sólo un momento más el tiempo para retrasar lo inevitable, pues hoy era el “día en cuestión”, por fin se decidió y puso la fecha correcta.

21-DIC.-2022-. ¡¡¡EL DIA EN EL QUE CUMPLIA 33 AÑOS!!!!

“Ya ha pasado otro año ¡¡¡qué barbaridad!!!” –pensó para sí misma.

Sintiéndose al borde del asilo, le dieron ganas de estrellar el maldito sello contra la pared, para acallar aquel silencioso e indiscreto fechador que, burlón, le recordaba la edad recién estrenada. Se lo pensó mejor y decidió castigarle devolviéndolo a su cajón.

“-Si te portas bien, te sacaré después, cuando llegue el correo”. -Le dijo mentalmente al chisme dedicándole, eso sí, una mirada de reproche. Cerró el cajón.

Se puso a revisar los apuntes del dietario informático y entre solicitar unos listados de las hipotecas firmadas en el mes (“¡¡¡qué pena de crisis!!!, lo que llegamos a ser en su momento” -rumió), comprobar varios recibos abonados por caja por unos clientes, repasar las transferencias pendientes de confirmación del día anterior y...

Alzó instintivamente la mirada para ojear el trozo de calle que le permitía contemplar la ventana que tenía a su izquierda. Le había asaltado la ansiedad de los espeluznantes ojos con los que cruzara su mirada hacía unos minutos, los del anciano mendigo. No vio nada, salvo lo que era propiamente la calle Juan Flórez, con su habitual y cotidiano ajeteo tanto de automóviles como personas. Un coche se paró frente a la ventana, tal vez esperando un sitio para aparcar. Por lo demás nada extraño. Se obligó a recobrar la calma y a atemperar las palpitaciones de su, de nuevo, desbocado corazón.

Aún mirando de soslayo por la ventana de vez en cuando, volvió al trabajo. Comprobó con las respectivas copias de los DNIs las firmas de alguna (cada vez menos) cuentas corrientes abiertas en la última semana, actualizó el fichero informático con datos de clientes con vistas al cierre del año, y en otras cosas tan aburridas se pasó la primera hora de trabajo.

-Oye Eli, ¿vamos a desayunar? -Le dijo a una de sus compañeras.

-Vale, vamos. -Le contestó la aludida.

-Venga, cojo un paraguas de los de propaganda, y nos vamos.

-No te preocupes Sarah, yo tengo el mío aquí mismo y si lloviera, es lo suficientemente grande para las dos.

-Bueno, pues vámonos.

Se dirigieron a la cafetería sita en la esquina de la calle Enrique Dequidt con la calle Juan Flórez. Tras sentarse en una de las pequeñas mesas interiores, el frío aconsejaba cierto resguardo y ninguna de las dos fumaba, pidieron al camarero lo de siempre:

-Un croissant pasado por la tostadora con mantequilla, mermelada de melocotón y un café, descafeinado de sobre, por favor...-pidió Sarah.

-A mí lo mismo, pero la mermelada que sea de fresa y el descafeinado de máquina, por favor. -Corroboró Elisa.

Durante el desayuno hablaron de cosas insustanciales: del trabajo, de lo que tenían pensado hacer en las próximas Fiestas (Eli le dijo que tenía la intención de irse a pasar la Navidad a Madrid; Sarah, nacida en Baza, Granada, no tenía familia cercana y aún no había decidido que hacer, probablemente cenar con unos amigos que la habían invitado), los regalos que habían “pedido a los Reyes” y lo difícil que es acertar con los de los demás, etc. Se fueron a pagar los desayunos.

-Deja, que hoy es mi cumpleaños y te invito –atajó Sarah cogiendo la cartera con el dinero.

-¡Anda, me había olvidado! ¡Muchas felicidades! –replicó su amiga -. ¡Dame dos besos!

Un sonoro beso restalló en cada una de las mejillas.

-¡Y qué pases un muy buen día! Avisamos a la gente y después del trabajo tenemos que ir a tomar algo.

-Vale en lo de ir a tomar algo, pero en lo del buen día, espero que por lo menos no me lleve más sustos como el de hoy por la mañana –respondió mientras le daba el dinero al camarero.

-¿Y eso? ¿Qué te pasó?

Le relató el misterioso encuentro con el presunto mendigo. Entretanto le dieron la vuelta del dinero y abotonándose los abrigos, ambas compañeras salieron lentamente de la cafetería.

-Pero, no creo que tengas que preocuparte por nada. – Elisa intentaba demostrar seguridad en lo que decía -. Sería un mendigo buscando algún sitio para dormir “la mona”.

-No lo sé. -Asustada, Sarah recuperó mentalmente la imagen del vagabundo -. Aquel hombre era como si me estuviera observando, casi como si el motivo por el que estuviera allí fuera yo.

-No te obsesiones, por favor –Elisa le cogió el hombro para reconfortarla y le miró con franqueza -. ¡Ya verás como nunca en la vida vas a volver a ver a ese tipo!

-Eso espero, porque la verdad daba repelús –dijo Sarah aún intranquila.

-Seguro que sí, y ¡venga, vamos, que nos van a echar la bronca por lo que tardamos! Y tú tranquila que ya verás como por la tarde entre cañita y cañita, te olvidas de todo.

Tras esta pequeña conversión, mantenida en la puerta de la cafetería, reiniciaron el camino a la oficina en silencio.

-Oye, que ahora que lo pienso, vamos a echarle dinero al coche que, si no, me va a saltar la O.R.A.

Desanduvieron media docena de pasos y comenzaron a subir por la propia calle Enrique Dequidt hacia la plaza del Libro, donde sus impresionantes árboles destacaban sobremannera entre las fachadas de los edificios.

Sarah, distraída aún en sus pensamientos, caminaba mirando los escaparates de los comercios que iban dejando atrás, una tienda de ropa (-nada en el escaparate me gusta...-), una imprenta (-qué bonitas libretas echas con restos de impresiones, aunque algo carillas), la Asociación de Peluquería y Estética (-grrrrr, me acuerdo de la cana).

A mitad del trayecto, Sarah notó como su compañera, que aún la asía por el brazo derecho, transformaba su paso habitual, en un rígido caminar.

-Oye...

- ¿Sí?

-¿¿Me dijiste que tu mendigo tenía mucha barba pero poco pelo???

-Pues sí. –Sarah la observó notando como su amiga cada vez estaba más estremecida.

- ¿Y un abrigo todo roto?

-Ta-también, ¿Qué te sucede Eli? –Ahora notando la punzada del miedo.

-Pues... -la aludida calló.

-Pues ¿qué?

-Que creo que está allí, justo en la plaza.

Sarah se paró en seco y miró hacia donde le había indicado Elisa. Allí, justo al lado de uno de los altísimos árboles, y por entre unos ralos arbustos, estaba el extraño personaje. No ca-

bía duda de que era él, y tampoco cabía duda de que las estaba observando.

Capítulo 3

02-04-1416.

El Rey Fernando I se encontraba muy enfermo, tendido en una cama, en la ciudadela de Igualada. En aquel momento, en la estancia ricamente acondicionada para su noble ocupante, únicamente le acompañaba “Becerro”, su fiel perro, su preferido, un impresionante alano de pelaje atigrado que, tumbado junto a una de las paredes de piedra, contemplaba con la cabeza apoyada en sus patas delanteras y una mirada triste, el agonizar de su amo.

Ya no se encontraba en su palacio de Barcelona. La disculpa “oficial” para ese auto-exilio volvía a ser el pago de los impuestos y la presión e influencia de la oligarquía comercial, pero la razón era otra muy distinta, una razón que entroncaba directamente con la visita del Santo Vicente Ferrer dos años atrás.

En medio de la intensa debilidad y la fiebre que le consumía, repasó minuto a minuto, segundo a segundo, aquella prodigiosa noche donde se le reveló a él, el monarca de un apartado reino en unas también apartadas tierras del confín del mundo, el mayor secreto de la historia de la Cristiandad, aquello que marcaría el destino de toda la Humanidad y que vendría a poner fin al magistral o, ¿por qué no decirlo?, Plan Divino que se estaba gestando desde hacía siglos, y que terminaría siglos después.

Desde su lecho, húmedo el camisón que vestía por el intenso sudor que manaba de su cuerpo, miró con ojos trémulos el fardo que descansaba junto a una de las paredes de su habitación y que contenía el precioso y preciado objeto presentado por fray Vicente. Pero siendo su naturaleza extraordinaria

también lo era, y no menos, el pergamino que así el Rey Fernando I en su mano, y esta conciencia le hizo apretarlo contra su trémulo pecho. Su tacto ciertamente le reconfortaba.

No había tiempo que perder. Mientras su estado febril se lo permitiera, debía de tomar las medidas necesarias para que se cumpliera la misión encargada por fray Vicente. Tenía asumido que su vida llegaba a su fin, así que otros debían de tomar el testigo y llevar a buen puerto aquello en lo que él estaba condenado a fracasar.

No era posible confiar tamaña responsabilidad a ninguno de sus hijos ya que, por un lado, se trataba de un encargo realmente peligroso y por otro, eran demasiado jóvenes para entender lo que se estaba jugando en el envite. Su hijo y heredero Alfonso sería quien le sucedería en el trono, salvo traición de algún otro pretendiente anónimo o de la propia familia. Aunque Alfonso demostraba tener desde muy niño unas dotes humanísticas más que respetables, el Rey Fernando consideraba que la misión era más propia para un guerrero, como él mismo había sido no mucho tiempo atrás.

Repasando a sus hijos y herederos, no pudo menos que recordar, también, a su esposa Leonor de Alburquerque, que le había dado nada menos que cinco hijos y dos hijas que podrían hacer perdurar su apellido, el del primer monarca aragonés de la dinastía castellana de los Trastámara. ¿Qué iba a ser ahora de ella? ¿Se volvería a casar? ¿Qué destino le aguardaba? Recordó como se había sentido un poco incómodo cuando le informaron, a sus catorce años, que su esposa iba a ser, precisamente, su tía Leonor Urraca de Castilla, de veinte. Tras casarse, sin embargo, habían formado un compenetrado matrimonio hasta que, en el año 1412, tras el compromiso de Caspe se convirtieron en Reyes de Aragón.

Y ahora estaba a punto de morir.

De pronto, dos hombres entraron, con el peculiar tintineo de sus armaduras, en la habitación donde pocas horas después moriría el Rey. “Becerro” alzó su robusta cabeza y emitió un ronco gruñido de aviso, aunque al reconocerlos volvió a su lánguida posición. Fernando I les miró entre la neblina que ya empezaba a cegar los ojos.

-Os he mandado llamar y habéis acudido sin falta.

-¿Qué nos ordena vuestra Gracia? –Preguntó uno.

-¿Debemos morir para que mi señor viva? –Inquirió el otro.

Esas lisonjas, que en boca de los aduladores que pululaban por la Corte no podían sino merecer desprecio por falsas, cuando venían de gente como los dos veteranos soldados, acompañadas las palabras de gruesas lágrimas que surcaban los pétreos rostros marcados con incontables cicatrices cosechadas en innumerables batallas, hasta perderse en las pobladas barbas, le produjeron una profunda emoción y congoja al yacente soberano.

El monarca continuó con una voz que casi era un gemido.

-Mis más fieles camaradas. En la batalla habéis guardado mis espaldas y yo las vuestras, como si mi carne fuera la vuestra y la vuestra parte de mi cuerpo –Hizo una breve interrupción en la que intentó sumar fuerzas respirando penosamente -. Vuestras heridas me han escocido a mí, y habéis curado las mías como si os las hubieran infringido a vosotros.

El llanto de los curtidos capitanes resultaba ahora inconsolable.

-Por eso, no veo mejores candidatos para cumplir la misión que me fue encargada en su momento, pues acomete-

réis la campaña como si fuera yo mismo quien la llevara a cabo.

-¿Qué debemos hacer, mi Señor? –contestaron los capitanes al unísono limpiándose las lágrimas con las cotas de mallas que cubrían sus brazos.

-Vos Roger Muntaner, hijo de Olivilla, elegiréis de entre mis más fieles soldados a dos de vuestra plena confianza, y con ellos partiréis hacia Ávila de los Caballeros. Allí os presentaréis ante Pablo de Santa María, actual obispo de Burgos, Consejero y Ayo de mi sobrino Juan, heredero de mi hermano Enrique III de Castilla, del cual también fue Consejero, así como de mi mismo.

-¿Qué debo de decirle cuando llegue ante él, Sire?

-Le entregareis la carta escrita por mí y con el sello real que descansa en la mesa junto a la pared. En el interior se detallan las instrucciones a seguir. Os dará salvoconductos para el resto de vuestro viaje y, por fin, os dirá adonde deberéis de llevar el contenido de aquel fardo que descansa junto a la pared y al cual, a partir de entonces, deberéis velar.

- ¿Deberé velar, mi Señor?

-Sí, durante el tiempo que sea preciso, incluso hasta vuestra muerte.

El fiel Roger Muntaner tragó saliva dificultosamente, recordando a su amada esposa y a los tres hijos que guardaban su vuelta en su pueblo Olivilla, pero la vacilación apenas duró un latido de su dolorido corazón.

-¡¡Así se hará, mi señor!!

El moribundo Rey compuso dificultosamente un forzado rictus, que quería representar una tímida sonrisa, entrece rrando también sus turbados ojos.

-Sé que gran sacrificio os solicito mi buen Muntaner, pero confiad en mí y creedme si os digo, que la empresa que os espera os convertirá a vos y a los vuestros, en almas muy nobles en el cielo.

El aludido enmudeció.

-Y yo, mi Señor, ¿qué misión debo cumplir? -El otro capitán se inclinó sobre el lecho de su Rey al resultar su voz cada vez más frágil.

-Vos, Rui López de Somontano, tenéis reservada una tarea aún más peligrosa que la de nuestro camarada. -El agonizante soberano respiraba entrecortadamente.

-Cumpliré las órdenes de su Gracia, aunque para ello deba de llegar hasta el mismísimo infierno.

-Tan lejos no tendréis que ir, aunque ciertamente lejano es vuestro destino.

-¿Cuál es, mi Señor?

El monarca guardó silencio unos segundos, intentando sacar de dentro las pocas energías que le quedaban.

-Cabalgad al norte, muy al norte. Debéis acudir, en primera instancia a la Región de Languedoc, en los Reinos Galos, donde depositareis en un lugar muy concreto ese otro documento que reposa, junto a mi gastada espada, en aquel sillón, custodiado por mi fiel "Becerro"- Alzó con dificultad su mano derecha y señaló el rústico mueble -. Después seguiréis vuestro viaje para así llegar a los dominios de los Estados

Germánicos. Allí buscareis a los discípulos de fray Vicente Ferrer en un estado llamado Renania-Palatinado y deberéis hacerles entrega de este pergamino que tengo aquí-, con extrema lentitud le tendió lo que agarraba con su débil mano y lo depositó en las de su vasallo.

-¿Deberé también quedarme a guardar este mensaje?

-Si lo que se me ha anunciado es cierto, cuando este escrito llegue a su custodio definitivo en aquellas tierras, vos, mi buen Rui, habréis fallecido y me acompañareis allá, donde el destino nos tiene reservado un lugar a los viejos guerreros.

El oficial calló espantado por lo que estaba oyendo, ¿sería el delirio de un moribundo?

-Para evitar vuestros sacrificios, y los de quienes os sucederán es por lo que yo mismo intenté realizar estos trabajos... pero es evidente que la voluntad de Dios no admite circunloquios.

Las lapidarias palabras pronunciadas por su señor sumieron a los dos capitanes en un cargado, casi físico, silencio durante el cual, además del peso que implicaban las respectivas misiones, a sus mentes acudieron incontables momentos compartidos con el doliente hombre que estaba tendido frente a ellos.

-¡Id, pues mis fieles amigos, mis hijos!, y que El guíe vuestro camino. -Dicho esto el rey Fernando I pareció sumirse en un repentino sueño, como si se hubiera desmayado.

Los dos soldados se levantaron y el llanto arrasó de nuevo sus ojos. Saludaron, puño en el pecho, y se despidieron para siempre de su Rey. Dándose la vuelta, y guardando los documentos que les habían sido confiados, salieron de la habitación.

Se miraron, sabían que por última vez. De la boca de los veteranos caballeros no salió ni una palabra, únicamente se fundieron en un fuerte abrazo de despedida, y deshaciendo dicho abrazo, cada uno se aprestó a acometer el encargo de su señor, enfrentándose a su inminente destino.

Rui López de Somontano montó su caballo y, tras cargar unos pocos víveres en sus alforjas, enfiló la ruta más corta hacia el norte.

Roger Muntaner fue a buscar a dos de sus más incondicionales suboficiales, para cargar el fardo que aún permanecía en la habitación, junto al lecho del rendido monarca. Sin saberlo, Roger Montaner portaría el mayor tesoro de la humanidad para llevarlo a “La Nueva Jerusalén”.

Capítulo 4

-¿Q-qué hacemos, Eli?

La interpelada permanecía en silencio y paralizada, agarrada a su paraguas y mirando al hombre que, sin mover ni un solo músculo, continuaba observándolas aproximadamente a unos 20 metros de distancia

-¡Eli! -Sarah le dio un codazo en el costado derecho a su amiga para despertarla -. ¡Que la asustada tengo que ser yo!

-¡Ah, sí! -Elisa parecía haber despertado de un sueño, se tocó el costado por acto reflejo pues no sentía ningún dolor en ese momento.

-Que te he preguntado que, ¿qué hacemos?

-Pu-pues no lo sé, -parecía haberse contagiado del tartamudeo -. ¡Avisar a la Policía! -Obvia respuesta sacada de un relato de Serie B.

-¡Ya!, y para cuando llegue el tipo estará en París y ¿qué les vamos a decir?, ¿que alguien nos mira mal?

-Pues, no sé, damos la vuelta y nos “vamos yendo” hacia la oficina.

-¿Y si se pone a correr detrás de nosotras? ¿Tú crees que nos alcanzará? Además, es evidente que conoce mi coche y me está esperando.

-Pues hija, llamamos por teléfono a alguno de los compañeros, a Ricardo, por ejemplo, o a Fausto, y que vengan para

aquí; malo será que entre cuatro tengamos problemas para sacarle información sobre qué está buscando.

Sarah sopesó la propuesta y, aun no siendo del todo mala, desde su interior, notó como si algo le guiara hacia otra posibilidad, que le decía que no hiciera nada de lo que su amiga le estaba diciendo, así que por fin se decidió.

-Vamos a ir hacia él. -La nerviosa voz de hacía unos pocos segundos, se tornó de repente firme y serena.

Elisa la miró alucinada.

-¡¡¡Tú te has vuelto loca!!! -La agarró con fuerza por un brazo y frenó el primer paso que ya había dado ésta hacia quien las observaba -. ¡Puede ser un loco peligroso!

-No lo sé, pero quiero averiguarlo. -Sarah buscó de nuevo dentro de ella -. Algo me dice que no debemos temer nada de él.

Inició el camino con paso ceremonioso, sin apartar su mirada de la del anciano. Elisa permaneció colgada de su brazo izquierdo y avanzaba un paso detrás de Sarah, tal como si ésta la estuviera remolcando hacia el indigente.

Según se fueron acercando, ambas confirmaron una cosa, y es que si bien desde la distancia a la que antes estaban no se podían dar cuenta de ello, ahora que apenas 10 metros les separaban, estaba claro que la atención del pordiosero tenía una única protagonista, y ésta era Sarah.

Cruzaron la calle y entraron propiamente en la plaza.

Cuando llegaron a unos 3 metros del hombre se pararon, las unas frente al otro. Aprovecharon para fijarse mejor en el patético ejemplo de ser humano que tenían enfrente.

Tan cerca como estaba, comprobaron que era bastante más alto de lo que parecía desde lejos, sobre 1,90 m., y ciertamente robusto. Los ojos eran de color verde y los mantenía antinaturalmente abiertos, le daban un aire demente. La boca la tenía un poco entornada, parecía que le costara respirar por una abultada nariz más roja de lo habitual, una nariz propia de una persona alcohólica. Su ropa era un puro harapo. Tampoco olía nada bien.

Las miradas de Sarah y el desconocido se cruzaron, mientras, Elisa permanecía a la expectativa sin atreverse ni siquiera a respirar.

-¿Qué quiere de mí?

El hombre mantuvo su indolente posición sin moverse ni un milímetro.

-¿Me está Vd. siguiendo por algo?

Nada, ni la más mínima contracción del más pequeño de los músculos.

-¿Me quiere hablar o prefiere que llame a la Policía?

El personaje parecía una estatua inanimada.

-¿Qué quiere de mí? –reiteró Sarah dando un paso al frente, librándose el brazo izquierdo que tenía agarrado su compañera, que permaneció en su sitio, sin saber qué hacer.

Ese acercamiento, esos 30 centímetros aproximadamente que había recorrido Sarah en la zancada, produjeron una especie de milagro. El hombre se movió.

Con ese paso se rompió la distancia de seguridad que el extraño mantenía a su alrededor, y volvió a la vida animada, como si

a un autómatas se le hubiera dado a la tecla “on” y empezara su pseudo-humano movimiento; o tal que si de repente una persona convertida en piedra por la Medusa, volviera a la vida tras la muerte de ésta a manos del héroe Perseo.

Sarah, ante este repentino resucitar, retrocedió hacia su posición de hacía unos instantes. Pero por lo que parecía ya no había vuelta atrás.

Lo primero que empezó a moverse en el hombre fue su cara, con unos curiosos tics que le hacían contraer tanto los ojos como la boca, lo que a su vez le producía también un peculiar baile de las mejillas. Con cada movimiento de la boca, se podían vislumbrar unos dientes que semejabán oscuras piedras.

Sarah notó como Elisa le volvía a agarrar con fuerza el brazo.

De pronto, el desconocido alzó sus brazos hasta la altura de sus hombros convirtiéndose en una especie de gran cruz humana. Hecho esto, y en un movimiento de cámara lenta, se dejó caer de rodillas en el suelo de la plaza. Las rodillas crujieron con el golpe, y resultaba evidente que le tenía que haber dolido mucho. Por fin, acabó su increíble genuflexión inclinandose hacia delante, hundiendo la cabeza entre sus manos, apoyadas éstas en el suelo. En esa posición fetal comenzó un áspero e ininteligible ronroneo.

Ambas muchachas se descubrieron abrazadas. Sarah notó el paraguas de Elisa en la espalda. Asustadas, miraban al enigmático hombre. De todas las posibles reacciones que se pudieran prever, esa era una de las últimas en las que pensarían.

-¿Q-qué hace? -Preguntó Elisa, tanto para sí misma como para Sarah.

-Pues la verdad es que no lo sé, parece como si estuviera, no sé, rezando -aventuró-.

- ¿Rezando?

-Sí, rezando, orando, invocando, o algo así, no se me ocurre otra forma de definirlo.

-Pues más parece que esté roncando – repuso inocentemente Elisa- no se le entiende nada de lo que dice –aclaró.

Sarah se quedó muda observando al cada vez más intrigante anciano. Miró a los lados y no vio a nadie, ni en la plaza ni en la calle.

-Voy a preguntarle otra vez qué quiere.

-No, no vayas, éste está loco ¡a ver si te va a hacer algo!
-Eli le tiró del brazo, intentando impedirle que se acercara al viejo.

-Déjame –repuso Sarah con decisión- si antes reaccionó cuando se lo pregunté, vamos a ver qué pasa ahora.

Elisa, no muy convencida, la soltó.

-Pues coge el paraguas, por si acaso –le tendió el susodicho.

Sarah le dedicó una mueca de divertida sorpresa. En aquella insólita situación el comentario resultaba, cuando menos, chusco. Dio un par de pasos hacia el hombre que continuaba en su encogida posición en el suelo, inmerso en la misma incoherente letanía.

-Caballero... caballero... -Sarah intentaba mostrarse lo más respetuosa posible -. ¿Le sucede algo? ¿Le podemos ayudar en algo? –Estaba prácticamente a dos metros del individuo.

La plegaria cesó de repente y, muy lentamente, el mendigo elevó su curtido rostro hacia quien le hablaba. La piel de su cara parecía más bien cuero.

-¿Le podemos ayudar en algo? – Repitió Sarah.

En ese momento, quien permaneció en silencio fue el mendigo, que aún de rodillas, la contemplaba extasiado.

-Bueno, pues si no quiere nada, le dejamos ¿eh? –Sarah compuso una poco consistente sonrisa.

El hombre introdujo su mano en el desastroso abrigo. (Sarah, de pronto, echó de menos el paraguas) y con ambas manos le tendió un pequeño objeto. Ella se quedó mirando para ambos (objeto e individuo) frunciendo el entrecejo.

-¿Qué es? ¿Me lo quiere dar?

Silencio, por parte del hombre.

-¿Es pa-para mí?

-¡No lo cojas! –oyó a su espalda, era Elisa que seguía toda la escena a prudente distancia -. ¡A saber lo que es!

Miró a los ojos del anciano y éstos le hablaron todo lo que no le decía su boca. La mirada del hombre era de una enorme profundidad, y al mismo tiempo de extraordinaria ansia, incluso se podría decir que de angustia. Fuera lo que fuera estaba segura que no era nada malo. Por eso se acercó otro paso, y con gran cautela, cogió lo que todavía tenía en sus manos el viejo, atenta a cualquier movimiento.

Ya en su mano derecha, examinó más cuidadosamente lo que le había dado el anciano. Era un pequeño rollo de extraño papel. Estaba atado con un delgado cordón de estraza, y tanto

éste como el propio papel parecían muy, muy antiguos. Un extraño regalo, en una extraña situación.

Un grito surgió de repente a su espalda. Era Elisa.

Volvió rápidamente su cabeza, pero a su compañera no le pasaba nada, aunque tenía su vista clavada en algo, o más bien alguien, que se encontraba más allá de donde ella estaba.

Sarah miró al frente y comprobó que el anciano se había levantado y que seguía, con su ahora alienada mirada, clavada en ella. Estaba a apenas dos metros, erguido cuan alto era y de puntillas, parecía un gigante. Sin embargo, lo realmente horripilante era lo que había sustituido al papel en las manos del hombre.

En lugar del papel que ahora tenía ella en su mano, el desconocido asía en una de las suyas un enorme puñal.

Capítulo 5

Ludwig Möbius formaba parte de una de las más importantes familias de la vieja aristocracia germánica, con sus raíces perdiéndose en la noche de los tiempos, entroncando directamente con el linaje del mismísimo Emperador Carolus Magnus (Carlomagno). Era hijo de uno de los más grandes hombres de todos los Países Germánicos, Berthold Möbius, valido del propio Emperador Luis II de Luxemburgo, llamado también “El Romano”.

Como todas las grandes familias de la época, los Möbius sustentaban su status involucrando a sus hijos y descendientes, en las áreas de poder más importantes de la Sociedad.

Su hermano mayor Helmut, ostentaba el cargo de Duque de Coblenza y estaba al cargo de la casa Möbius, casado con una representante de la noble casa de los Wittelsburg, simbolizaba todos y cada uno de los ideales del viejo sistema feudal. Administraba las amplias propiedades familiares a través del duro trabajo de los vasallos de su Ducado y, tras quedarse con una generosa porción de todo lo recaudado, le hacía llegar su parte al Emperador.

Su otro hermano, Friedrich, había seguido la carrera militar, y era uno de los Generales más laureados del ejército del nuevo Emperador Federico I de Brandeburgo, condecorado y distinguido en infinidad de ocasiones por los grandes servicios prestados a su soberano.

Y por último él.

Desde muy joven fue arrebatado del seno de su hogar e internado en un lejano y austero seminario sito en el lejano Ducado de Lorena. Recordaba cada una de las durísimas noches en la que lloraba lágrimas de niño, un niño al que se le había hurta-

do su infantil ingenuidad, siendo obligado a vivir en el mundo de ascetismo impropio de su edad. Durante todo aquel tiempo de inmensas y solitarias sombras había querido amar a Dios, lo deseaba con todas sus fuerzas, habría dado cualquier cosa para conseguirlo y cumplir con su destino, al que estaba convencido debía dedicarse en cuerpo y alma.

Sin embargo, y conforme iba creciendo en años y en conocimiento de ese Dios al que había sido consagrado, se iba también separando cada vez más de lo que debía de ser el camino de amor, dedicación al prójimo y perfeccionamiento personal, moral y espiritual a los que sus votos le obligaban. En verdad empezaba a odiar a ese mismo Dios que le había condenado a una vida de soledad, angustia, pena, desazón, dudas y muchos más sentimientos negativos.

Tras salir del seminario, y sin estar al cargo de ninguna feligresía, entró directamente a ocupar un puesto, en principio secundario, y poco a poco cada vez más influyente, en la archidiócesis de Maguncia (Mainz).

En apenas veinte años –eso sí, de intrigas mil-, de argucias sin fin, de apoyos e influencias de sus poderosos familiares, había acabado siendo nombrado, nada menos, que arzobispo de Maguncia, el puesto más importante a nivel eclesiástico de todo el Palatinado.

Durante ese tiempo conoció todo tipo de excesos, tanto carnales como materiales, rompiendo todos los votos que, ante la propia imagen sacrificada de Jesucristo, había jurado obedecer como servidor del Señor. Castidad, pobreza, obediencia, eran palabras vanas para él, sin sentido. Por el contrario, conocía a la perfección sus antónimos, depravación, opulencia, orgullo; éstos resultaban vocablos mucho más apropiados para su catadura moral.

Empero, y en lo más profundo de su corrompido corazón, una mínima llama de arrepentimiento seguía latiendo. Era el lejísimo recuerdo de aquel niño que quería ser aceptado por su Dios. Ese remordimiento le martirizaba.

Así, un buen día, le pidió audiencia un fraile Dominicó. Recién llegado desde un lejano reino de las tierras del sur, había recorrido toda la amplísima lista de sus subordinados con la intención, según parecía, de entregarle una carta que le mandaba una persona que, si bien no conocía personalmente, si había oído nombrar y loar a menudo en cuanto a sus presuntas múltiples virtudes. En esta primera ocasión se negó a recibirle ordenándole, lacónicamente, a uno de sus ayudantes, que le librara del ingrato monje.

Como el Dominicó se negaba a irse sin hacerle entrega de la carta, Ludwig Möbius, arzobispo de Maguncia, mandó a su guardia personal que lo expulsara de la ciudad. La guardia cumplió las órdenes recibidas con tanta contundencia, que el pobre fraile acabó muerto en una cuneta del camino. Cuando se enteró de estas noticias, el arzobispo no movió ni un dedo para saber lo que había pasado. Por el contrario, hizo todo lo posible para silenciar el incidente.

A los dos meses apareció en la puerta de la magnífica Catedral de Maguncia otro fraile de la Orden Dominica, solicitando audiencia con el arzobispo. De nuevo, y con infinita paciencia, el visitante se presentó ante toda la corte de asistentes de Ludwig Möbius hasta conseguir que su presencia fuera anunciada al arzobispo. La suerte de este segundo enviado no resultó muy distinta a la del anterior. Fue encerrado en las profundas catacumbas de la Catedral donde al poco, y por causas que nunca estuvieron muy claras, falleció en las nauseabundas mazmorras.

Nuevamente, a los dos meses de esta segunda muerte, apareció en la ciudad y en la Catedral, un tercer fraile Dominicó con

las mismas intenciones que sus dos anteriores compañeros. Otra vez, y tras una inmensa y procelosa retahíla de gestiones ante los diáconos, deanes, y resto de la curia de la Diócesis, su petición de audiencia llegó al arzobispo.

Cuando uno no tiene nada, no tiene miedo a nada pues nada tiene que perder. Sin embargo, Ludwig Möbius tenía muchas cosas materiales, y el fallecimiento de un tercer religioso podía hacer recaer sobre él la siempre inquisitiva mirada de Roma, y por eso en esta ocasión decidió recibir al viajero.

El humilde monje se acercó al hombre más poderoso del reino, tras el propio Regente, con la tranquilidad de quien sabe algo que nadie más conoce, dominando plenamente la situación que estaba viviendo, una persona que está cumpliendo el encargo para el que ha sido preparado. Al llegar al frente del arzobispo le dedicó una breve reverencia.

El obispo extendió el brazo con el anillo para que el fraile lo besara. Este no lo hizo, por contra le dedicó una beatífica sonrisa y permaneció callado y quieto donde estaba.

-¿Sabéis que este desprecio os puede acarrear la muerte? -preguntó irritado el arzobispo Möbius.

-Su Excelencia sabe que, a fecha de hoy, quien desprecia ese anillo es quien lo lleva en su dedo, por ello yo no hago sino ser consecuente con la realidad.

Ludwig Möbius enrojeció de ira y se agarró a los apoyabrazos de su trono.

-¿Cómo os atrevéis a hablarme así? ¿Quién os creéis que sois?

-Lo importante no es quien soy yo, si no quien me envía, y me atrevo puesto que lo que os traigo, es lo que salvará a Vuestra Excelencia y al resto de la Cristiandad.

-Lo que decís es más propio de un hereje que de un servidor de Dios.

-Vuestra Excelencia se equivoca, no es una herejía, sino la propia Palabra de Dios.

El arzobispo calló y decidió cambiar de tema. No estaba todavía seguro de lo que iba a hacer con aquel hombre, desde luego con lo que le había dicho hasta entonces tenía más que suficiente para enviarte al Tribunal Eclesiástico. ¿Tal vez estuviera ante un orate?

-Entonces, ¿qué queréis de mí?

-Os traigo esta carta, escrita de puño y letra por mi maestro y dirigida a Vuestra Excelencia. -El monje dio un par de pasos y de una de las mangas de su hábito sacó un pliego lacrado. -Únicamente debéis leerla.

El arzobispo la tomó en su mano y la examinó con curiosidad.

-¿Por qué debo de haceros caso y leerla?

-Porque no perdéis nada en ello y porque, como os acabo de decir, de su contenido depende vuestro destino y salvación, y también la de todos nosotros, los cristianos.

Desde luego, era más que probable que estuviera ante un auténtico perturbado. Muy poco convencido, el arzobispo Möbius volvió a mirar la carta y al monje y, tras unos segundos de duda, por fin rompió el lacre.